

El deleite de lo común

Francisco J. Fernández, *El banquete de los atrabiliarios*

Madrid, Plaza y Valdés, 2025, 180 pp.

Jon Baltza

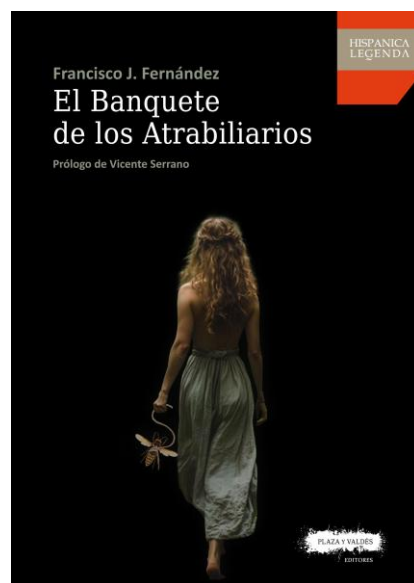
Recibido 02/01/2026 • Aceptado 10/02/2026

Querido Fran, Minaya, mi amigo:

Con envidia de la buena miro ahora a los dichosos gymnosophistas, a uno cualquiera de los cuales me aproximas mediante el carácter o motivo que me atribuyes en tu *Banquete*. Ahora que la sorpresa ante los gélidos vientos y la pertinaz llovizna y aun ocasional chaparrón prolongado nos dejaría con la boca abierta si no fuera porque temiéramos un resfrío de esos que nos rondan como si fuéramos morena y no negro.

Dichosos gymnosophistas que —no sé si te habías detenido en ello— de forma velada pero no obstante patente cita Sócrates en la que *ante portas* alzas, eso de *ejercítate* que en el original suena *γύμνασαι*, con su *γύμν-*, ‘desnudo’, con que sin duda el Tábano nos recuerda que en eso precisamente consiste el entrenamiento y ejercicio, en despojarse de todo cuanto estorbe las entendederas y, con estas, el ánimo, en su sentido propio —¡faltaría más!—, el de la *ψυχή*, que es aliento-de-vida y que de ninguna forma estamos dispuestos a vender por *θυμός* ninguno, por mucho que a ratos las heridas rasguen nuestra piel en desigual contienda.

Pues ello es que esa *gente* que en tu cita así queda trasladada es en el original *τῶν πολλῶν*, que sin duda te acaba de resonar y retrotraer —aunque ¿hay Tiempo acaso en esas lides?: diría que no— a aquello otro de nuestro amado Heráclito, aquello de que *οἱ πολλοί* «viven» como si tuvieran un pensamiento privado, suyo, propio: personal. Y la mayoría está griego-arcaicamente muerta, pero no en el sentido del inicio del *Fedón*, no el morir y estar muerto que es lo solo de que se cuida quien de



veras está inflamado como fuego por la filosofía, sino esotro «morir» fantaseado y, por tanto, temido: pues qué pueden los más temer sino fantasmas y espectros. Y así *filosofía*, que era un des(a)nudarse de las cadenas y una curación de la *aphrosúnē*, ha desembocado en «filosofía», esa actividad masturbatoria en la que la muchedumbre chapotea por no mirar hacia donde se ha de mirar, por haberse olvidado del primer paso: *ψυχῆς περιαγωγή*, el giro del ánima, el aliento-de-vida desatado.

Un espectro recorre el «mundo»: el espectro de la ilusión conceptual. Pues sé que recuerdas el *Gespenst* con que dramáticamente iniciaba Don Carlos su *Manifiesto*, *Gespenst* que aproximativamente traducían ‘fantasma’ y que con más precisión vertemos como ‘espectro’, y no podemos menos de recordar que *spectrum* es un doblete de *speculum*: y es que ese es el espectro, la especulación y la idea de reflexividad: la creencia de que *yo*, que hablo, soy ese *mí* —¡*mismo*, para más inri!— del que se habla.

Pero ya la sola edificación que de inmediato se advierte en tu *Banquete* es suficiente señal para un atento: pues a Fernández le relatarán, más que narrarle, el diálogo que se perdió sin perderselo, pues, al cabo, no otro diálogo habrá que ese relatado: y no otro hubo nunca. Y es que, pese a quien pese, la narración es una modalidad del relato, y el diálogo, como a las claras muestras, otra bien contradistinta. Mas no quería primero de todo transitar esa vereda, sino la de la señal que el lector de pronto observa: Fernández no estuvo presente en el diálogo, como tampoco Platón lo solía en los suyos. La única diferencia es que Fernández supradialoga —si me permites la forja—, mientras que Platón jamás se atrevió a tanto. En todo caso, uno oye —yo oigo—: Aquí se tratará de aquello que de veras importa, pues nos va la vida en ello; aquello que la muchedumbre acaso denomine ‘charlatanería’ por no aproximarse a la cháchara a la que está acostumbrada.

Y ¿qué es lo que importa? Pues importa, primero, que se trata de un *diálogo*: que el *lógos* saltará de uno a otra sin moverse ni un ápice, pues, siendo común, allá donde se manifieste será *yo*, y será *aquí*, y será *ahora*. Ahora bien, *común* no significa ‘monótono’ ni ‘uniforme’, sino bien por el contrario: diverso e inabarcable, pues es él quien abarca cuantas cosas haya: y es que solo las hay porque él las dice y las va contando, si no ¿de qué?

Y ese es el segundo gran acierto de tu *Banquete*: que las *dramatis personae* son de verdad varias, diversas, distintas, que son ocasión para que el *lógos* muestre algunas

de las interminables formas con que nos sorprende, y es así que adopta esas *personae*, esas máscaras, dotada cada una con un aspecto tonal que difiere del de los demás, como difieren los timbres, las prosodias y los ritmos.

Bien es verdad, con todo y ello, que no todos los participantes muestran igual grado de abandono a lo que sin gran equívoco denomino *núcleo dialógico*: quien se abandona, lo hace para jugarse el pellejo, esto es, la máscara que le haya tocado en suerte, y alcanzar así a vislumbrar, siempre sin concepto, lo común que bajo ella palpita. Y es que a uno le va de veras la vida en ello: quien no arriesga su pellejo, quien no abomina del fantasma del 'mí-mismo', ajeno a la vida sin nombre transita los páramos de las fantasías conceptuales, y se agarra a sus opiniones como a un clavo ardiendo, un clavo que lo mantiene marchitándose en el Tiempo de que se habla como el entomólogo sujeta a la mariposa cuyas alas ya no son esperanza de vida desatada sino subterfugio para la categoría.

Me ha venido —no sé cómo— aquello de Sócrates en la *Politeía*, ἡδέως ξυνόντες ἀλλήλοις, donde ese ξυνόντες por fuerza nos conduce al *xunós*, 'común', de Heráclito: *Disfrutando en comunidad unos con otros*, se podría traducir, y eso es justamente lo que se percibe en tu *Banquete*: que están más a gusto que ni sé, y que de solo ese estarlo así puede brotar el ánimo ajustado para que el ánimo florezca.

Y ¿cómo florece? ¿Qué brota? Ante todo, florece con humor y sus brotes de risa de la buena, de lo cual se encuentra atravesado este diálogo inacabable. La sola imagen de Demetrio —en cuya *persona* se identifican algunos rasgos de Víctor— escupiendo en la cara de quien osara llamarle 'sabio' mueve a risa por lo inusitado de la hipérbole: lo último que a uno se le ocurriría es que Demetrio (Víctor) escupiera a nadie, ni siquiera con verbal escupitajo, pues sobrada ocasión se nos ha ofrecido para disfrutar de su magisterio —¡qué arrobados nos tenía!—, de sus exquisitos modales en conversación, fuera en las aulas o en las tabernas o plazas de toreo festejante...

Cómo voy a dejar de rememorar ahora aquel curso de Doctorado en Zorroaga, *Implicaciones ontológicas del cálculo diferencial*, en el que el problema de la tangente me mostró por primera vez que eso de 'punto' es el quicio que sin excesiva exageración identifico con el límite entre 'dentro' y 'fuera' de la Caverna —que, ¡qué coños!, ya está bien de llamarlo 'mito' cuando el propio Sócrates repite una y otra vez que se trata de

una *alegoría*: o ¿será que los papagayos opinan que Sócrates no conocía la distinción entre lo uno y lo otro?

Por vez primera refulgía el anicónico punto en todo su esplendor, y no en vano comienza Euclides sus *Elementos* con esta definición de ‘punto’: *Σημεῖον ἔστιν, οὗ μέρος οὐθέν, Punto es lo que no tiene partes*, con lo cual nos avisa de la estricta inideabilidad o inimaginabilidad de eso que traducimos como ‘punto’, eso a lo que Euclides llama *Σημεῖον*: el punto es la señal, como la X en el mapa del tesoro. Y justamente el cálculo diferencial con sus infinitésimos de chichinabo se colaron subrepticamente en la(s) matemática(s), operación de la que aún no ha(n) sanado. ¡Esa manía de querer embutirla(s) en la Realidad! Pero eso es otra historia, y abandona aquí esta misiva.

Pues ya estás soltándolo todo, que me pongo yo aquí a tomar notas, que no puede ser que estas cosas se pierdan: de esto toca hablar, pues es esto lo que nos toca. Como suele soltarnos nuestro común amigo Michel Usar, *Si no está escrito, (nostá)*, con ese *nostá* que se saca de la manga de mago vocabular fundamentándose en el *nesciō* de los latinos (¡Ay! ¡Qué malhadado designio ha recaído sobre ese sustantivo!) o aun en el *nestí* tan intraducible de los persas, y con ese paréntesis que lo abraza, y que aprovecha siempre que puede para recordarnos aquel fragmento del poema de Parménides al que no para de darle vueltas en el buen sentido, no en el del *cittavṛtti* de los antiguos indios.

En fin, a lo que venía: que no puedes por menos de reconocer que o está escrito o no está: que *oralidad* es escritura, ya sea en *fonógrafos* o sus derivados, ya en fantasías que uno se vaya haciendo en el Tiempo de que se habla, fantasías que son marcas, signos, señales, rasguños. Y bien lo saben los tantos prisioneros que ante la vastedad imaginada del Tiempo de expiación carcelaria que les resta se ponen a hacer sus marquitas en fila, ordenadas y reordenadas, para que quede constancia, como dejaron constancia con manos pintarrajeadas o en negativo aquellos, que no otro propósito mostraban que ese, el de mostrar, el deíctico, el que se encuentra en el fundamento más allá, o más acá, del fundamento: YO ESTOY AQUÍ.

Y ese es el *lógos*, ese lo es y no lo es, ese que dice *Yo estoy aquí*, y que no obstante se despliega en miríadas de significantes que tejen tapices de interminables y hermosísimas fantasías, y por lo bajo nos recuerda *Yo estoy aquí, Yo estoy aquí* con cada

pálpito de aliento-de-vida ajeno al Tiempo de que se habla: ajeno a los contenidos de ese incontinente continente de continentes.

Insistes luego en ello poniendo en boca de Patiño lo siguiente: *lo que manejamos son signos*. Como esos que después traes y a tanta risa invitan, *bremaneur casaca cacomiz*, de la cual sigo pensando —dogmáticamente, como propones que es conveniente— que mi interpretación era, es, la buena —de si es o no la correcta, no digo nada.

Y ya se me ha alargado esta risueña epístola, habiendo apenas arañado lo que en tu *Banquete* se trata por extenso y que, precisamente por eso, no le quedará a quien quiera saber de ello sino zambullirse en sus páginas. Que no en vano decía tu abuela Teodora: *Al que quiera saber, poco y al revés*.

Enhorabuena, Minaya, por esas páginas que nos deleitan e impulsan a pedirte una invitación al disfrute de tan deleitosos manjares como los que Nanna prepara, en un próximo banquete que nunca, nunca, ha de ser la última cena.

¡Salud!

